

CAPÍTULO VI

Sufrimiento hasta el fin. — Savonarola.

El amor vence á la agonía; el alma que parecia abandonada siente otra vez su Dios, y en los brazos de su Padre fenece contenta. — **KEBLE**¹.

Es preferible la muerte cuando el trabajo ha terminado, al nacimiento más favorecido del mundo. — **JORGE MACDONALD**².

Todo en la vida no es vivir, ni todo lo de la muerte es morir. — *Del libro de los himnos*³.

Me preguntáis en general, cuál será el final del conflicto. Yo contesto : la victoria. Pero si me lo preguntáis en particular, os contestaré : la muerte. — **SAVONAROLA**⁴.

Volvamos á algunos de los grandes héroes mártires de Italia, á Arnolfo de Brescia, Dante y Savonarola. Poco después de la caída del imperio romano, obtuvieron otra vez ascendencia las influencias más bajas de la naturaleza humana. La Iglesia no podía prevalecer sobre ellas. La verdad era que la Iglesia las seguía. San Bernardo de Clairvaux, estigmatizó los vicios de los romanos con estas palabras mordaces: « ¿Quién ignora su vanidad y su arrogancia? Una nación amamantada en la sedición, intratable, y que desdeña obedecer, á me-

1. Love masters agony; the soul that seemed
Forsaken feels her present God again,
And in her Father's arms
Contented dies away. — **KEBLE**.
2. Better a death when work is done,
Than earth's most favoured birth. — **JORGE MACDONALD**.
3. 'Tis not the whole of life to live,
Nor all of death to die. — **HYMNAL**.
4. Do you ask me in general what will be the end of the conflict? I answer,
Victory.
But is you ask me in particular, I answer, Death. — **SAVONAROLA**

nos que sea muy débil para resistir. Diestros en la maldad, jamás han aprendido la ciencia de hacer el bien. La adulación y la calumnia, la perfidia y la traición, son los actos comunes de su conducta. »

La corrupción y la frivolidad en las personas de alta posición, nunca dejan de ejercer una influencia perniciosa sobre la condición de la sociedad. Se extiende á las clases inferiores, haciéndose todos igualmente viciosos. Italia estaba entregada á la lujuria y á la frivolidad en las clases elevadas, mientras que la pobreza, la miseria y el vicio prevalectan en las inferiores. El miembro de la Iglesia no era mejor que la generalidad : « Si deseáis que vuestro hijo sea un hombre malo, hacedlo sacerdote, » era un dicho común. Así pues, un pueblo que había sido valiente y vigoroso, estaba al borde de la destrucción moral.

En el duodécimo siglo hizo oír Arnolde de Brescia el clarín de la libertad italiana. Su posición en la Iglesia figuraba en las últimas filas. Era predicador apasionado y elocuente. Predicaba la pureza, el amor, la equidad. También predicaba la libertad. Esta era la más peligrosa de todas sus lecciones. Sin embargo, el pueblo le reverenciaba como á un patriota. No faltaron enemigos que informaran al papa de lo que decía. Inocencio II, condenó sus opiniones, y los magistrados de Brescia procedieron á ejecutar su sentencia. Pero Arnolde, advertido oportunamente, huyó á Suiza, pasando los Alpes, donde halló un refugio en Zurich, el primero de los cantones suizos.

No habiéndole hecho perder ánimo el miedo, pasó otra vez los Alpes, fué á Roma, y allí erigió su cátedra. Estaba protegido por los nobles y por el pueblo, y durante diez años resonó su elocuencia sobre las Siete Colinas. Exhortaba á los romanos á que defendieran los inalienables derechos de hombres y cristianos, que restauraran las leyes y la magistratura de la república, y que limitaran á su pastor al gobierno espiritual de su rebaño.

Su poder continuó durante la vida de dos papas, pero al

subir Adriano IV, el único inglés que jamás haya ascendido al trono de san Pedro, se hizo á Arnolde una oposición vigorosa y fuerte. El papa puso en entredicho á todo el pueblo, y el destierro de su reformador era el precio de su absolución. Arnolde fué preso y sentenciado á muerte. Fué quemado vivo en presencia de un pueblo indolente y desgraciado, y sus cenizas fueron arrojadas al Tiber, á fin de que no fueran sus discípulos á recogerlas y venerar las reliquias de su maestro.

Italia siguió en su carrera de frivolidad, de disipación y de vicio. El estado guerreaba contra el estado, y los güelfos y gibelinos desolaban el país. Apareció Dante en el siglo décimo tercero, y volvió á sonar el grito de libertad. Creía en la justicia eterna. En virtud de la verdad y del amor que vivían en su alma, contrastó la vida de Italia con las tendencias más elevadas y nobles de la humanidad. El mundo loco italiano temblaba en la luz de la época, entre el cielo arriba y el infierno abajo. Discernía la justicia eterna en el turbulento contender de los hombres. Toda su alma se elevó á la altura del gran argumento, y emitía en cantos sin iguales, su apología sobre los designios de Dios para con el hombre.

Durante los largos siglos de la degradación y de la miseria italiana fueron sus ardientes palabras como una antorcha de vigilancia y un faro para los fieles y leales á su país. Era el heraldo de la libertad de su patria, arrojando la persecución, el destierro y la muerte por su amor á ella. En su *De Monarchia*, abogaba al igual de Arnolde de Brescia, por la separación del poder espiritual y del poder civil, y sostenía que el poder temporal del papa era una usurpación. Su *De Monarchia* fué quemado públicamente en Bolonia, por orden del legado pontificio, y el libro puesto en el Índice de Roma. Ha sido siempre el más nacional de los poetas italianos, el más amado y el más leído. Le desterraron de Florencia en 1301. Su casa fué entregada al saqueo, y fué sentenciado, durante su ausencia, á ser quemado vivo. Durante su destierro escribió algunas de sus más nobles obras. Los hombres pensaban en él, le respetaban, y le amaban. Deseábase que su sentencia

de destierro fuera anulada y que pudiera volver á Florencia.

Era una antigua costumbre la de perdonar á ciertos criminales en Florencia durante la fiesta de San Juan; el apóstol que « amaba tanto. » Se le comunicó á Dante que recibiría ese perdón á condición de que se presentara como criminal. Cuando se le hizo la oferta, exclamó: « ¡Qué! ¿es ésta la gloriosa revocación de una sentencia injusta, por la cual ha de volver Dante Alighieri á su patria, después de haber sufrido tres lustros de destierro? ¿Es esto lo que vale el patriotismo? ¿Es ésta la recompensa de un continuo trabajo y estudio?... Si solamente de esta manera he de poder volver á Florencia, entonces jamás volveré á entrar en Florencia. ¿Y qué hay en ello? ¿No he de ver el sol y las estrellas donde quiera que yo esté? ¿no he de poder reflexionar sobre la grata verdad en cualquier parte debajo del cielo, sin tener que entregarme antes, desnudo de gloria y casi en la ignominia, al pueblo de Florencia? El pan no me ha faltado aún. ¡No! ¡no! ¡no regresaré! » Dante rehusó, pues, el perdón que de tal modo se le ofrecía. Permaneció veinte años en el destierro, y murió en Ravena, en 1321.

Como un siglo después apareció otro heraldo de la libertad, un hombre recto y valeroso, que figura en la historia entre las joyas, Jerónimo Savonarola. Nació en Ferrara, en 1452. Sus padres, aunque pobres, eran nobles. Su padre permanecía en la corte, siendo este privilegio patrimonio de su familia. Su madre era una mujer que poseía gran fuerza de carácter. Al principio había intención de que Jerónimo fuera educado para médico, pero sus inclinaciones le arrastraron hacia una dirección muy opuesta.

Italia estaba entregada aún á sus pasiones, sus corrupciones y sus vicios. Los ricos tiranizaban á los pobres; y los pobres eran míseros, desvalidos y abandonados. Jerónimo había llenado desde temprana edad su alma con ideas religiosas. Se dedicó al estudio de la Biblia y á los escritos de santo Tomás de Aquino. Encontróse en pugna con el mundo, y le disgustaron las profanaciones que existían en torno suyo. « No hay

uno, decía, no queda ni siquiera uno que desee lo que es bueno; tenemos que aprender de los niños y de las mujeres de la clase baja, porque únicamente en ellos queda todavía una sombra de inocencia. Los buenos son oprimidos, y el pueblo de Italia ha llegado á ser igual al de Egipto que retenía en servidumbre al pueblo de Dios. »

Por fin se resolvió Jerónimo á abandonar el mundo del vicio y entregarse por completo á la religión. Á los veinte y tres años reunió lo poco que tenía en un lio, abandonó á Roma sin despedirse de sus padres y marchó á pie hasta Bolonia. Fué derecho al convento de Santo Domingo, y pidió ser admitido en la orden como sirviente. En el acto fué recibido, y se preparó para entrar en su noviciado.

En seguida escribió á su padre, informándole de las razones por las que había abandonado su casa. « Los motivos, decía, que me han inducido á entrar en la vida religiosa, son éstos: la gran miseria del mundo; las iniquidades de los hombres; sus adulterios y los robos; su orgullo, su idolatría, y sus espantosas blasfemias... No podía soportar la enorme perversidad del ciego pueblo de Italia; y tanto más, cuanto que yo veía por do quiera el desprecio de la virtud, y que se honra al vicio. Congoja mayor no podía tener yo en este mundo: y por esto fuí llevado á elevar una oración á Jesucristo, pidiéndole que me sacara de este foco de infamia. Esta corta oración la he tenido continuamente en los labios, suplicando fervientemente á Dios que me hiciera conocer el camino en que debiera marchar... Nada más me queda que decir, sino es el suplicaros encarecidamente, como hombre de espíritu fuerte, que consoléis á mi madre, y pido que vos y mi madre me deis vuestra bendición. »

En esa época se había hecho casi intolerable la corrupción de la Iglesia. La insaciable avaricia de Pablo II, la perfidia y la falta de escrupulosidad de Sixto IV, los inauditos crímenes de Alejandro VI, (Borgia)¹, causaban un desaliento universal

1. El pontificado de Alejandro VI, es ciertamente la página más negra de la historia de la Roma moderna. La desmoralización general de esta época, de

en los hombres buenos de toda Italia. « ¿Dónde están, decía Savonarola en su celda, los antiguos doctores, los antiguos santos, el saber, el amor, la pureza de los pasados tiempos? ¡Oh Dios! si estas alas en que se remontan, y que solamente conducen á la perdición, pudieran ser tronchadas! »

Al mismo tiempo había desaparecido casi por completo la libertad. Los principillos que tiranizaban al pueblo no mostraban ni la energía ni la sagacidad de sus padres. Su única aspiración ardiente era el poder sin limitación. Su conducta ocasionaba á veces el resentimiento de sus súbditos. Algunos de ellos fueron por esa razón asesinados á la luz del día. El duque Galeazzo fué asesinado en una iglesia, en Milán. El duque Nicolás de Este fué muerto en Ferrara. El duque Julio de Médicis fué asesinado en la catedral de Florencia, durante la elevación de la hostia.

En medio de una desmoralización semejante se formó la vida de Savonarola. Muy pronto descubrió el prior del convento de dominicos en Bolonia, las raras cualidades de su espíritu. En vez de hacer obra manual, fué ascendido á instruir á los novicios. La obediencia era su deber, y se consagró á su nuevo empleo con un corazón bien dispuesto. Entonces fué ascendido del empleo de maestro de los novicios al de predicador. Á la edad de treinta años fué enviado á predicar á Ferrara, ciudad de su nacimiento. Allí no hallaron eco sus sermones. No era más que uno de entre ellos. ¿Qué podían oír de él que ya no supieran? No recibió distinción alguna en su mismo pueblo. Predicó también en Brescia, en Pavía y en Génova, donde su elocuencia fué más apreciada.

Después de haber permanecido como unos siete años en el convento de dominicos en Bolonia, fué finalmente enviado Savonarola á Florencia. El camino le condujo á través de un país nuevo. Jamás había viajado tan al sur Marchaba á pie,

ta que se encuentran abundantes detalles en el *Diarium* de Juan Burchard, lo mismo que en Panvinius, Muratori; en la continuación de la *Historia Ecclesiástica* de Fleury, por Favre, y otros escritores, tanto católicos como protestantes, parece casi increíble en nuestros días. — *English Cyclopædia*.

y tuvo sobrado tiempo para inspeccionar el hermoso paisaje que le rodeaba. Subió rectamente la colina hasta Lugana, mirando para atrás hacia Bolonia y el paisaje hacia el norte, que nunca más volverá á ver. Atravesó las selváticas montañas, frías y desnudas hasta la cima en *La Futa*, como unos tres mil pies sobre el nivel del mar. Siguió por el valle de Seive, y cruzó el espolón de los Apeninos que divide el valle de Seive del Arno. Y allí, á sus pies, la magnífica Florencia, escena de su brillante carrera, de su valerosa vida, y también de su martirio.

Al llegar á Florencia, se dirigió Savonarola en el acto al convento de San Marcos, en el cual fué admitido como hermano. En esa época estaba Lorenzo el Grande en el cénit de su poder. Se había librado de sus enemigos por medio del destierro, del encarcelamiento ó de la muerte. Con sus fiestas, bailes y torneos tenía al pueblo á sus plantas. Era igualmente, favorito de los nobles y de la plebe. Todo el desenfreno de su vida parecía haber sido olvidado, porque era el protector de las letras y de las bellas artes. Dice Villari que en su época « eran igualmente corrompidos en su espíritu los artistas, los hombres de letras, los políticos, la nobleza y el pueblo; sin virtud pública ni privada; sin ser guiados por ningún sentimiento moral. La religión era usada ó como medio para gobernar, ó como una ruin hipocresía. No había sinceridad en los asuntos civiles, en la religión, en la moral, ni en la filosofía. Ni el escepticismo existía con un grado cualquiera de seriedad. Reinaba por completo una fría indiferencia por los principios.¹ »

Savonarola estaba disgustado con todo esto. Cuando predicó por primera vez en San Lorenzo, se pronunció con vehemencia contra las corrupciones de su tiempo. Azotó al vicio con látigo de acero. Atacó el juego, la mentira y el engaño, citando largamente la Biblia. Al principio quedó sorprendido el auditorio, luego disgustado, después indignado. ¿Quién era

¹ *Historia de Jerónimo Savonarola y de su época*, por el profesor Villari.

este fraile que había venido del otro lado de los montes para atacar la corrupción de Florencia? Se mofaron y se rieron de él. En una ciudad bella, todo era él, menos hermoso. Era de estatura mediana y de color obscuro. Sus rasgos fisonómicos eran toscos y marcados, su nariz larga y aguileña; grande su boca y gruesos sus labios; y su barba era entrada y cuadrada. Ya á los veinte y tres años estaba cubierta de arrugas su frente. ¿Era este un hombre capaz de adquirir influencia ó posición en Florencia?

Quando predicaba otro fraile ilustrado iban en tropel para escucharle. Conocía al pueblo y halagaba sus vicios. Á nada atacaba, ni siquiera mencionaba la pérdida de religiosidad ni la de la libertad. Era amigo de Lorenzo el Magnífico. Cuando se le hacían bromas á Savonarola con el éxito de su rival, contestaba: « La elegancia del lenguaje tendrá que ceder ante la sencillez del modo de predicar la verdadera doctrina. » Sintióse íntimamente convencido de su misión divina. La consideraba como el deber culminante de su vida, y su único pensamiento era el modo cómo podría cumplir mejor con su deber.

En San Marcos volvió á hacerse cargo de la instrucción de los novicios, y daba algunas conferencias en el convento á un auditorio selecto é indulgente. Se le pidió con insistencia que hablara desde el púlpito. Accedió, y predicó un sermón extraordinario el 1.º de agosto de 1490. Tenía entonces treinta y ocho años. Durante la cuaresma siguiente predicó en el *Duomo*. El pueblo acudía en masa á sus sermones. Despertaba en la multitud excitada el fervor de sus propios sentimientos. Ya no era el hombre insignificante que había aparecido en San Lorenzo. Tronaba con todo su poder contra los vicios del pueblo adormecido, y se esforzaba en despertarlo de aquel letargo. Éste se hallaba pendiente de sus labios, y su entusiasmo por él aumentaba de día en día.

Todo esto causaba el mayor disgusto á Lorenzo de Médicis. Envió á cinco de los principales ciudadanos de Florencia para hacer presente á Savonarola los peligros á que se exponía, no

solamente él sino también á su convento. Su contestación fué: « Bien sé que no habéis venido aquí de motu propio, sino que habéis sido enviados por Lorenzo. Decidle que se prepare á arrepentirse de sus pecados, porque el Señor á nadie perdona, y no teme á los príncipes de la tierra. »

En ese mismo año fue elegido prior de San Marcos. Conservó su integridad é independencia. Á pesar de los ricos regalos que hacía Lorenzo á su convento, juzgaba Savonarola severamente su carácter. Conocía el daño que había causado á la moralidad pública. Le consideraba no sólo como el enemigo, sino también como el destructor de la libertad, y que era el obstáculo principal para el mejoramiento de las costumbres del pueblo, y para que pudiera ser vuelto á una vida cristiana. En sus sermones continuaba atacando el juego, aunque pudiera ser provechoso para el Estado; condenaba la lujuria y los despilfarros de los ricos, porque los consideraba completamente desmoralizadores para el pueblo en general.

Siempre insistió Savonarola en la necesidad de las buenas obras, y por consiguiente en el albedrío humano. « Nuestra voluntad, decía, es por su naturaleza esencialmente libre; es la personificación de la libertad. » Dios es el mejor auxiliar, pero gusta ser ayudado. « Sed fervorosos en la oración, añadía, pero no descuidéis los medios humanos. Debéis ayudaros de todas maneras, y entonces estará el Señor con vosotros. Tomad ánimo, hermanos míos y sobre todas las cosas, vivid unidos. » Y en otra ocasión dijo: « Por veracidad entendemos cierto hábito por el cual el hombre, así en sus acciones como en sus palabras, se manifiesta ser lo que realmente es, ni más ni menos. Esto es un deber moral, aunque no lo sea legal; porque es una deuda que en conciencia tiene todo hombre para con sus semejantes, y la manifestación de la verdad es una parte esencial de la justicia. »

Al cabo de algún tiempo se retiró Lorenzo el Magnífico de Florencia y se fué á su Villa Corregi¹ para morir. Fuése en

1. La villa ha pasado á manos de particulares, y ahora se llama Médicis-Sloane.

los primeros días del mes de abril, cuando la naturaleza estaba más fresca y brillante, cuando la voz del ruiseñor ni por un instante enmudecía. La *villa* está situada en el anchuroso valle del Arno, como á tres millas al nordeste de Florencia. Desde sus ventanas se ven el *Duomo* y el *Campanile* y las torres de muchas iglesias, que se elevan sobre los árboles. Hacia el norte se hallan las alturas de Fiesole, y á distancia se ven los suaves perfiles de las colinas toscanas.

Pero toda esta belleza no podía borrar la enfermedad y el pesar. Lorenzo estaba en su lecho de muerte. Habían sido probados todos los remedios. Ningún efecto habían producido los medicamentos de piedras preciosas disueltas. Nada aliviaba al grande hombre. Entonces dirigió su espíritu hacia la religión. Había perdido toda fe en los hombres; porque todos habían sido sumisos á sus deseos. No creía ni en la misma sinceridad de su propio confesor. « Ninguno se atrevió jamás á pronunciar un no resuelto. » Pensó entonces en Savonarola. Ese hombre no había cedido nunca ante sus amenazas ó sus halagos. « No conozco un fraile honrado, excepto él. » Hizo llamar á Savonarola para confesarse con él. Cuando fué informado el fraile del estado alarmante de Lorenzo, se fué inmediatamente á Corregi.

El profesor Villari refiere del siguiente modo la historia de la última entrevista entre Lorenzo y Savonarola. Apenas se acababa de retirar Pico de la Mirandola cuando entró Savonarola, y se aproximó respetuosamente á la cama del moribundo Lorenzo, quien dijo que había tres pecados de que quería confesarse con él, y por los cuales pedía absolución: el saqueo de Volterra; el dinero tomado del Monte de la Fancinella, que había causado tantas muertes, y la sangre derramada después de la conspiración de los Pazzi. Mientras decía esto estaba agitado, y Savonarola trataba de calmarle repitiéndole con frecuencia: « Dios es bueno, Dios es misericordioso. »

Apenas había acabado de hablar, cuando Savonarola le dijo. « Tres cosas se os exigen. — ¿Y cuáles son, padre? » La fisonomía de Savonarola se puso grave, y levantando los dedos de

la mano derecha, principió así: « ;Primero, es necesario que tengáis una fe completa y ardiente en la misericordia de Dios! — Esa la tengo completamente. — Segundo, es necesario devolver aquello que tomasteis injustamente, ó que ordenéis á vuestros hijos que lo devuelvan por vos. » Esta exigencia pareció causarle sorpresa y pena; sin embargo, haciendo un esfuerzo, dió su consentimiento con un movimiento de cabeza.

Entonces se levantó Savonarola, y mientras que el moribundo príncipe se estremecía con terror en su lecho, parecía que el confesor se elevaba sobre sí mismo al decir: « Finalmente, debéis devolver la libertad al pueblo de Florencia. » Su aspecto era solemne, su voz casi terrible; sus ojos, como queriendo leer la respuesta, permanecían fijos en los de Lorenzo, quien, reuniendo toda la fuerza que aun le dejaba la naturaleza, le volvió con desprecio la espalda, sin pronunciar una palabra. Así lo dejó Savonarola sin darle la absolución; y Lorenzo, despedazado por el remordimiento, expiró poco después.

Sucedióle su hijo Pedro. Era éste en todos conceptos peor que su padre. Nada le importaban las bellas letras ó las artes, y no hizo más que entregarse á la frivolidad y á la disipación. Savonarola continuó predicando como antes. Aumentó su fuerza y su nombre se extendió por todas partes. Por influencia de Pedro fué enviado algún tiempo fuera de Florencia; predicó en Pisa, Génova y otras ciudades. Regresó á Florencia. Puso en vigor el voto de pobreza en su convento, y quiso que los monjes vivieran de su propio trabajo. Dió estímulo particular al estudio de las Sagradas Escrituras, y quiso que él y sus hermanos marchasen á enseñar la doctrina á los paganos. Cuando cayeron sobre él las dificultades, pensó en abandonar á Florencia y entregarse á los trabajos de misionero.

Pero se quedó. El pueblo no quería dejarle ir. Continuó predicando ante apiñadas concurrencias en el *Duomo*. No solamente era severo contra los vicios de la época, sino contra los prelados que descuidaban su deber. « Vosotros los veis, decía, llevando sobre sus cabezas mitras de oro, adornadas con pie-